

*Anotaciones para una Tipología Sociopatológica.**

*Por Oscar URIBE VILLEGAS,
del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.*

DELIMITAR el campo de estudio de la sociopatología es tarea erizada de problemas. Para emprenderla con algún fruto, el investigador debe aceptar previamente la necesidad de sujetar su búsqueda a numerosas y sucesivas aproximaciones, mediante las cuales se ratifique, precise, complemente, o aún rectifique, lo previamente logrado.

Dejar de reconocer esa necesidad, y conformarse con criterios que a fuerza de generalidad llegan a ser vagos e imprecisos, constituye un peligro serio y fundamental. La falta de reconocimiento de dicha necesidad no puede menos que originar una reiterada violación de esa regla del método sociológico según la cual es imperativa la distinción neta entre lo que constituye la vida normal y sana de una sociedad, y lo que es manifestación morbosa dentro de la misma.

La distinción entre uno y otro tipo de fenómenos no puede sino parecer de extraordinaria sencillez a los ojos del indocto. En cambio, el estudioso que con ánimo más sereno y más acusada preocupación rigorista se aproxime al problema, no podrá menos de sentir que en su ánimo se eleva considerable número de inquietantes dudas.

De ahí la necesidad de que la demarcación general, tosca y burda de las primeras aproximaciones, se convierta en claro y preciso deslinde, mediante la conteinización creciente de un concepto que como el de “des-

* En la redacción de este artículo se han seguido algunas importantes orientaciones brindadas al autor por el Director de la *Revista Mexicana de Sociología*, para quien son estas líneas de agradecimiento.

ajuste socio-individual” pudiera parecer, en ciertos momentos, forma vacía, de inaplicabilidad manifiesta.

Para contenerizar (*i. e.* “dotar de contenido”) la forma lingüística “desajuste socio-individual”, podemos recurrir combinadamente, al planteo de una serie de interrogantes, y a la adjudicación —ya ejemplificadora, ya tipificadora— de ciertas manifestaciones sociales, hecha en favor de dicho continente lingüístico.

Cabe abrir, como primera interrogante, aquella por la cual nos preguntemos: ¿qué razón suficiente hay para que —prescindiendo de la aseveración hecha por las autoridades en la materia— hayamos de considerar que ese desajuste entre el *socius* y la *societas* constituye un morbo social?

Esta primera interrogante puede resolverse y quedar satisfecha si consideramos que el desajuste entre el individuo y la sociedad hace peligrar la estructura social, ya que desajuste equivale a falta de trabazón entre los diversos constituyentes de un todo unitario que funciona precisamente gracias al correcto engranaje de sus diversas piezas, y que la sociedad es —ante todo y fundamentalmente— un sistema estructural, constituido por el anudamiento de relaciones humanas. De este modo, nos resultará evidente que todo lo que atente contra esa estructura, constituirá una causa sociopatógica.

La evidencia de lo anterior queda subrayada en cuanto consideramos que una de las formas en que se manifiesta frecuentemente el desajuste socio-individual es la falta de participación del individuo en la vida social. No participar en la vida del grupo equivale, en efecto, a invalidar una serie de interrelaciones humanas posibles, y contribuir con ello a la mayor laxitud e incluso a la ruptura brusca de la estructura social.

Cuando un individuo no participa en la vida social, y sus relaciones interhumanas están reducidas a un mínimo o a cero (caso de los “islotés” sociométricos) dicho individuo no se encuentra *integrado* a la estructura de la sociedad, aunque sí se encuentre *comprendido* o rodeado por la sociedad misma. La ocurrencia de estas dos situaciones, y sus consecuencias sociopatológicas, cobran mayor significación si recurrimos a un *simil* mecanicista.

Supongamos una máquina en la que una placa con el nombre del fabricante se hubiese desprendido, cayendo en el punto de unión de dos ruedas dentadas. De dicha placa no podemos decir que esté integrada en, o que forme parte de la máquina, mientras que sí podemos afirmar que está comprendida por ella. Es asimismo fácil percatarse de que esa

pieza, sin restar elementos a la estructura total, está estorbando realmente el correcto funcionamiento de la misma, en forma análoga a como el individuo que no participa en la vida social, determina la aparición de morbos, no sólo por el grado en el que hace disminuir el número de relaciones interhumanas, sino también por la manera en que, estando comprendido, pero no integrado en la estructura de la sociedad, se convierte en elemento que gravita o presiona sobre esa misma estructura.

El que el individuo gravite (como peso muerto) o presione (activamente) sobre la estructura social nos permite hacer una distinción que creemos puede tener importancia para la sociopatología y para la terapéutica sociales.

La base de esta distinción entre la gravitación o la presión individual sobre el grupo puede hacerse radicar en la forma inconsciente o consciente, involuntaria o voluntaria de pesar el individuo sobre la sociedad.

El individuo desajustado o inajustado puede pesar sobre los recursos naturales y humanos de la sociedad que lo comprende pero a la cual no está integrado, restándole elementos sin retribuirle en cambio con la contribución de su propio esfuerzo al esfuerzo conjunto, con las implicaciones sociopatológicas consiguientes; pero puede ocurrir que dicha resta de elementos y falta de contribución se hagan involuntariamente, en cuyo caso podemos hablar de verdadera gravitación del individuo sobre el grupo, según ocurre en los casos de enfermedad, orfandad y senectud, en tanto que en otros casos esa resta de elementos puede ser consciente y voluntaria por parte del individuo que pretende vivir a costa de los demás, lo cual nos permite hablar más de presión que de gravitación social, pudiendo contarse entre quienes la ejercen, determinados tipos de explotadores y criminales.

Entre estos dos tipos sociopatológicos (el que gravita y el que presiona sobre la estructura grupal) hay semejanzas y diferencias acusadas, ya que fundamentalmente coinciden en el hecho de que, haciendo caso omiso de las raíces psicológicas del hecho social al que dan lugar, sus individuos obligan a la estructura social a funcionar en servicio suyo; difieren, en cambio, en que mientras aquellos que gravitan sobre la estructura social resultan favorecidos por el buen funcionamiento y por el mejoramiento del sistema social, aquellos que presionan sobre esa misma estructura, resultan beneficiados por las fallas que en esa organización y en su funcionamiento se produzcan, de tal manera que, en tanto que mientras quienes gravitan sobre la estructura social son elementos socio-

patógenos pasivos, quienes presionan sobre ella, se convierten en verdaderos agentes sociopatógenos, cuya actividad no sólo resulta dañina por sí misma, sino por cuanto es productora de otros elementos también patógenos; distinción tipológica que a nadie puede parecer ociosa si se tiene en cuenta la importancia ulterior que estas tipificaciones pueden y han de tener en la determinación de una terapéutica diferencial.

Sin embargo, frente a un primer modo de presión sociopatológica consistente en el aprovechamiento de las fallas socio-estructurales, hay una presión de matiz un tanto diferente, que es aquella desarrollada por quienes no ya sólo pretenden aprovecharse de los desaciertos y fallas de la estructura social *dada* combinándolos hábilmente en su propio beneficio, sino que presionan sobre esa estructura y función, para tratar de modificarlas y acordarlas consigo mismos, de tal manera que —para ellos— lo dado (el dato del problema) no es la estructura social a la que ellos deben adaptarse, sino su propia personalidad a la que el mundo social debe adecuarse.

En este tipo, cabe —por supuesto— hacer distinciones, ya que puede haber personalidades deficitarias (psicopáticas), o personalidades excedentes, igualmente involucradas en ese intento. El caso de Hitler en un extremo, y el de los héroes de Carlyle en el otro, podrían resultar excelentes ejemplificaciones.

No obstante, se puede y se debe distinguir entre unos casos y otros, ya que la personalidad psicopática que presiona sobre el conjunto social para adaptarlo a sí misma, es siempre sociopatógena, en tanto que las personalidades excedentes pueden o no, provocar la aparición de un morbo social. La producción morbosa dependerá, en este último caso, de diversos co-factores, entre los que contará como muy importante el de la existencia de un alto diferencial entre los centros sobre los cuales obra y deja de obrar la presión introducida (ya que sólo en casos excepcionales esa presión actúa directamente sobre toda la estructura social); de este modo, si la presión introducida tiene un alto diferencial sobre la cultura, se producirá un morbo social que no se hubiera presentado en caso contrario.

Si observamos el juego de estos diversos elementos, podremos percatarnos de que hay por lo menos dos fases previas a la actualización o falta de actualización de un morbo social: la primera de ellas es la gravitación o presión que el individuo ejerce sobre la estructura grupal,

y que —en sus líneas más generales— queda esbozada en párrafos anteriores; la segunda fase de este proceso, es la tendencia al desplazamiento del equilibrio social como consecuencia de esas gravitaciones o presiones individuales.

¿Basta indudablemente esta segunda fase para la aparición del morbo social? Seguramente que no, ya que el hecho de que el equilibrio social tienda a desplazarse y en realidad se desplace no implica necesariamente la aparición de un morbo social, puesto que dicho desplazamiento bien puede formar parte de la vida sana y normal de la sociedad: ser manifestación de su dinámica propia. Si esto es así, es lógico hacerse una segunda pregunta: ¿cuándo esa tendencia al desplazamiento y ese desplazamiento mismo del equilibrio dan lugar a la aparición de un morbo social?, o bien, ¿cuándo nos estamos moviendo dentro del campo sociológico normal, y cuándo dentro del de la patología social?

Creemos que si tomamos como guía el criterio según el cual la sociedad es sobre todo una estructura formada por relaciones interhumanas, podremos llegar a la conclusión de que dicho desplazamiento del equilibrio social será patógeno en cuanto rompa la estructura social.

Si volvemos a tomar uno de los conceptos ya enunciados en estas lucubraciones, o sea el de *presión diferencial*, podremos precisar un poco más la forma en que el desplazamiento del equilibrio deviene morboso.

En efecto, desde el momento en que la presión se ejerce sobre uno de los puntos de la estructura en tanto que no afecta a los restantes, la presión —positiva o negativa— determina un desplazamiento de ese punto, en tanto que los restantes no se desplazan, con lo cual, se presenta el peligro de ruptura estructural. En cambio, cuando las presiones —positivas— actúan simultánea y coordinadamente sobre toda la estructura grupal, habrá casi seguramente un desplazamiento del equilibrio, pero dicho desplazamiento no hará sino transformar una estructura social en otra, determinando incluso el “progreso” tan caro a los pensadores franceses de hace unos cuantos siglos, sin que en tal forma llegue a romperse la estructura de la sociedad y esto llegue a acarrear consecuentemente la ruina de la misma.

De esta forma, creemos posible establecer una diferencia entre dos modos de desplazamiento del equilibrio, uno de los cuales es sociopatógeno, en tanto que el otro no lo es, ya que, cuando el equilibrio se desplaza en el interior de la sociedad en favor de uno u otro de los centros o fuerzas articuladores de la estructura, se produce una amenaza de rup-

tura, y la ruina misma de la sociedad, en tanto que cuando el desplazamiento se hace hacia afuera, conjunta y armónicamente, dicho desplazamiento no es sino una manifestación de la dinámica misma del grupo humano al que afecta.

La forma en que las presiones diferenciales, —incluso positivas— pueden dar lugar a la aparición de morbos sociales queda ejemplificada suficientemente por notas como las siguientes tomadas de una recolección de estudios publicada por la UNESCO: “Durante mucho tiempo, por dirigirse únicamente a la juventud, la enseñanza escolar ha sido no solamente ineficaz, sino incluso destructiva. En los hogares, se invirtieron los papeles: el niño se convertía en profesor de sus padres, con lo cual se trastornaban las relaciones establecidas, y se producía el resentimiento entre quienes se veían desposeídos así de sus prerrogativas.”¹ El mismo informe hace notar la forma en que hubo de reconocerse que era indispensable no sólo educar a unos cuantos individuos, especialmente a los jóvenes (presión diferencial), sino que era preciso brindar educación adecuada a todos los miembros de la sociedad a fin de evitar los trastornos ocasionados por la introducción de esa presión diferencial que —buena en sí misma— resultaba inadecuada y pernicioso en cuanto no actuaba simultánea y concordantemente sobre los diversos puntos de la estructura social, dando con ello lugar a la aparición de un *cultural lag* o rezago cultural de unos elementos frente a otros de la misma.

Es, de esta manera, como podemos percatarnos de la importancia que tiene el conocimiento de la estructura de una sociedad determinada (y, consiguientemente, la ayuda inapreciable que a estos estudios brindan la etnografía y la sociografía) para el diagnóstico y curación de los morbos sociales, o para su prevención, especialmente en el caso del antropólogo social que, interesado en la introducción de cambios técnicos y culturales en la vida de una comunidad, tiene que preocuparse igualmente de que dichos elementos de progreso que él aporta no se conviertan, por obra y gracia del juego de fuerzas y leyes sociales, en elementos patógenos que desorganicen la comunidad o la sociedad sobre las cuales trabaja.

Sin embargo, la referencia a la estructura social, y el realce de su significación dentro de los estudios sociopatológicos debe ir más allá de la simple mención de ese anudamiento de relaciones interhumanas, y

1 *Sociétés, Traditions et Technologie* (Informes de encuestas dirigidas por Margaret Mead bajo los auspicios de la Federación Mundial para la Salud Mental). M. Blondin. París, 1953. p. 292.

tratar de apuntar asimismo, con propósitos de tipificación ulterior, hacia los elementos humanos que les sirven de sostén y articulación, y hacia los patrones valorativos que las presiden.

Todo estudio sociopatológico es, en efecto, una labor que tiene implicaciones de psicología individual así como de psicología social, lo cual no es de extrañar, si se tiene en cuenta que el morbo social es fundamentalmente una relación de desajuste en la que uno de los términos es el individuo, y el otro es la sociedad. Este estudio sumario de tipología sociopatológica no puede ser excepción a la regla que gobierna al género al cual pertenece; por lo mismo, es necesario tratar de establecer en alguna forma, las relaciones que existen entre algunos de los tipos sociopatógenos arriba mencionados, y los tipos caracterológicos de autores que, como es el caso de Erich Fromm, han establecido una caracterología de precisa referencia a lo social.

La clasificación caracterológica de Fromm, contenida en su obra *Man for Himself*² y reproducida y glosada en el libro de Clara Thompson dedicado al *Psicoanálisis*, comprende cinco tipos:

1. el receptivo,
2. el explotador,
3. el acumulativo,
4. el oportunista (o personalidad de compra-venta), y
5. el productivo.

Aún cuando los rubros de la clasificación frommiana son bastante claros de por sí, puede precisarse que:

Los cuatro primeros tipos son considerados como caracteres improductivos, en tanto que el último es el único al cual se considera productivo. Las orientaciones receptivas y explotadoras coinciden en el hecho de pensar que todo bien se encuentra en el exterior, en tanto la acumulativa se muestra escéptica acerca de lo que el mundo exterior puede brindar, por lo que se fortifica interiormente, en tanto que la orientación

2 El original de *Man for Himself* fué publicado por Rinehart & Co. en 1947; Fondo de Cultura Económica encargó su traducción a H. Morck, y la publicó con el título de *Ética y Psicoanálisis* en 1953. Deben contabilizarse a favor del traductor algunos aciertos evidentes en la terminología caracterológica.

de compra-venta (*marketing orientation* del original inglés) piensa sí, que todo bien procede del exterior, pero en tanto el dominio interno se adapta a las condiciones externas. De otra parte, mientras los caracteres receptivos, explotadores y acumulativos son relativamente fijos y característicos, el carácter oportunista o la personalidad de compra-venta es fundamentalmente variable.

El receptivo es un individuo que espera recibirlo todo de los demás; el explotador, aquél que cree que la única manera de obtener las cosas consiste en arrancarlas a los demás; el acumulativo, quien piensa que lo único que puede poseer seguramente es lo ya obtenido y conservado previamente; el oportunista, aquél que parece decir "soy tal y como Ud. me quiera"; el productivo, aquél que se orienta hacia el amor y el trabajo creadores.

De dicha clasificación caracterológica, deriva fácilmente el reconocimiento de la relación que dichos tipos caracterológicos pueden tener con la sociopatología.

El tipo productivo, sale, en buena parte, del campo de estudio sociopatológico; sólo excepcionalmente podrá convertirse en agentes socio-patógeno, y aún en estos casos la producción morbosa aparecerá como consecuencia de una serie de circunstancias adicionales a la de la existencia de dicho tipo caracterológico, y no por su presencia misma en la vida social. En cambio, no ocurre lo mismo con los otros tipos caracterológicos.

Los individuos que gravitan o presionan sobre la sociedad, en un intento más o menos consciente y voluntario de ponerla a su servicio, pueden corresponder lo mismo a los tipos explotador, acumulativo, receptivo o de compra-venta. Sin embargo, pueden establecerse ciertas diferencias entre ellos, ya que aún cuando todos coincidan en la actitud fundamental de resta de elementos a la que consideran únicamente como fuente de beneficios pero cuyas normas fundamentales no acatan (desde el momento en que es socialmente esencial la reciprocidad e intercambio de bienes y servicios) esa resta de elementos y esa falta de acatamiento a las normas, pueden matizarse en diferentes formas.

El receptivo y el acumulativo son los que, por lo menos en apariencia, menos trastornos causan, ya que su actividad se reduce a esa substracción de elementos, que en el receptivo puede alcanzar el carácter de doble substracción puesto que niega incluso su fuerza de trabajo al conjunto

social, en tanto que el acumulativo es, sobre todo, un obstáculo para la libre circulación de los bienes y servicios en el seno de la sociedad.

Posiblemente deba verse un inconsciente combate de los prejuicios derivados de la existencia de caracteres receptivos y acumulativos en una sociedad, en la institución de los haida de la Columbia Británica³ denominada *potlatch* y bien conocida de los sociólogos especialmente al través de los trabajos de Marcel Mauss de indudable valor en este sentido. La cultura de los haida liga el *status* social adquirido al número de *potlatches* dados por el padre de un individuo, y el *potlatch* consiste fundamentalmente en la distribución de las riquezas entre los otros miembros del grupo (combate de la acumulación de riquezas). Sin embargo, la institución concebida en estos términos no haría sino desarrollar en determinados individuos la orientación receptiva a no ser que recibir los bienes procedentes de un *potlatch* (recepción por otra parte obligatoria), produce *capitis diminutio* que no puede compensarse sino mediante un nuevo *potlatch* más espléndido que aquél del que el individuo resultó beneficiario económico (combate de la receptividad). El sistema de los haida —dicho sea de paso— brinda un estímulo a la actividad de los individuos y, por lo mismo a la orientación caracterológica productiva.

Las actitudes receptiva y acumulativa contra las cuales lucha la cultura haida por medio del *potlatch* pueden incluso dar la apariencia de no ser sociopatógenas, ya que los individuos que las presentan pueden mostrarse como dispuestos a respetar los principales lineamientos de la estructura grupal. En efecto, al receptivo y al acumulativo puede interesarle incluso fingir un ajustamiento, una integración y una participación social que están muy lejos de realizar, o bien pueden tener un ajustamiento parcial, invalidado en la realidad por su falta de participación en los más altos valores comunes del grupo, que incluyen el de su seguridad misma, contra la cual atentan al violar el principio de reciprocidad.

El receptivo puede, en algunos casos, ser estación de tránsito en la circulación de bienes y servicios, siendo por tanto elemento sociopatógeno de menor grado de virulencia que el acumulativo —producto del sobresalto de no poder adquirir más de lo ya logrado—, ya que éste último provoca una substracción definitiva, perjudicial para la sociedad.

3 Una descripción bastante aceptable de la sociedad de los haida (pescadores especializados), puede encontrarse en el libro de George Peter Murdock: *Our Primitive Contemporaries*.

El receptivo engrosa las líneas del capítulo sociopatológico intitulado “dependencia”, en el cual pudiera abrirse el apartado más específico de “dependiente psicológico”, ya que a su lado hay dependientes no psicológicos, como pueden serlo los niños, los ancianos y los enfermos. La dependencia psicológica, por su parte, en una sociedad altamente diferenciada como la nuestra, lleva al individuo a sentir la necesidad de ser leal y, tal como explica Fromm, a mostrarse leal con muchas personas que sustentan criterios diferentes, etc., con lo cual se provocan las situaciones de lealtad conflictiva que conducen a la neurosis y a la desorganización mental constituyente de otro capítulo sociopatológico. El acumulativo, por su parte, contribuye a engrosar el capítulo de los morbos sociales económicos.

Estos caracteres, funestos para el buen funcionamiento social, tienen sus orígenes en la misma sociedad y más particularmente en el grupo familiar (por su carácter de grupo social de contacto directo tanto como por lo temprano de las impresiones que van moldeando la persona del niño en su etapa más plástica). Clara Thompson, al resumir las ideas de Fromm hace notar que “en cierto tipo de familia, se desarrollará en el niño la actitud de esperar recibirlo todo, porque la situación que le ofrecen las circunstancias las maneja mejor siendo receptivo, amable y complaciente... Si el ambiente familiar es duro, inquieto y desconfiado, el niño quedará —impresionado por un sentimiento de sobresalto, y puede desarrollarse en él la característica anal de acumular aquello que tiene, ya que no podrá obtener más.”⁴ En un ámbito más general, puede afirmarse que “la orientación receptiva se encuentra con frecuencia en aquellas sociedades en las cuales el derecho de un grupo a explotar a otro está firmemente establecido. El grupo explotado tenderá a considerar a sus amos como sus proveedores. No importa cuán poco reciba el esclavo, siente que por medio de su propio esfuerzo hubiera logrado aún menos, pues la estructura de su sociedad le impresiona con el hecho de que es incapaz de organizarla y de depender de su propia razón y actividad.”⁵ El acumulativo, por su parte, puede surgir en las sociedades altamente dinámicas y tras los estados de crisis, y puede ofrecerse no sólo en la esfera económica (el avaro), sino en el mismo campo intelectual, en el

4 Thompson, Clara: *El Psicoanálisis*. Trad. española editada por Fondo de Cultura Económica, México, 1951, de la edición inglesa (1950) titulada: *Psychoanalysis, evolution and development. A review of theory and therapy*.

5 Fromm, Erich: *Ética y Psicoanálisis*. p. 87.

cual el mejor ejemplo de acumulativo sociopatógeno es el del hombre que acumula conocimientos y no les da subsecuentemente un empleo útil en la cátedra, en las publicaciones, o en la aplicación a la resolución de problemas sociales concretos.

El tipo explotador es mucho más peligroso que los dos anteriores, desde el punto de vista sociopatológico, puesto que no espera a recibir, sino arrebató lo que otros tienen, en forma más o menos violenta, dañando relaciones sociales, y poniendo los medios para que —gracias al mayor número de fallas de la estructura social— le sea más fácil arrebatar aquello que necesita y que no está dispuesto a lograr dentro de las reglas del “toma y daca” que impone la vida en sociedad. Este tipo no sólo se desajusta a sí mismo, sino que desajusta a otros individuos, invalida relaciones permitidas de otros individuos con el resto de la sociedad, y las substituye por otras repudiadas por la misma; sus éxitos crean una presión diferencial desfavorable a la permanencia de la organización social; por causa suya, todo el sistema marcha hacia el desequilibrio y hacia la crisis. Es explotador quien desca poseer lo que otro posee y pone los medios para arrancárselo, quien no ama sino a una persona que ya es amada por otra; quien está dispuesto a suscribir la idea del pastor garcilasense para quien la más sabrosa es la fruta del cercado ajeno.⁶

Gillin hace ver en sus capítulos relativos a la desorganización de la personalidad⁷ que “si la organización política [o económica] se impregna de ideales que no son los del bien común, sino de aprovechamiento individual o grupal, tenemos una situación que conduce a la desmoralización . . . si la policía es ignorante, venal e incomprensiva, se produce otra situación análoga.” Situaciones como éstas, en que las fallas de la estructura social se revelan y acentúan, son las que se convierten en el mejor caldo de cultivo para la aparición del carácter explotador, y de sus consiguientes resultados sociopatológicos. En el momento en que los jueces y los guardianes del orden público dejan de brindar seguridad al individuo, éste busca “tomar la justicia por sus propias manos . . . es decir, actuar en función de explotador. O sea, que en una sociedad, a mayor inseguridad en cualquier terreno, corresponde una mayor proliferación

6 En su tercera Egloga, Garcilaso pone en boca de su pastor deseoso de ponderar el aprecio que le merece la amada los bien conocidos versos: “Flérída para mí dulce y sabrosa / más que la fruta del cercado ajeno.”

7 Gillin, John Lewis: *Social Pathology*. D. Appleton Century Co., Inc. N. Y., London, 1933, 1939.

de caracteres explotadores, y consecuentemente, mayores posibilidades sociopatológicas.

El tipo oportunista o de compra-venta, por su parte, nos ofrece el espectáculo de la existencia máximamente alterada o enajenada, cuya mayor significación socio-patológica radica en el hecho de su aparente integración social, la cual va o puede ir aunada en muchas ocasiones a una real y total falta de participación del individuo en la vida social, especialmente en lo que ésta representa de comunidad de orientación, de metas, de patrones y de sistemas valorativos.

Esa falta de participación en el sistema axiológico grupal, encubierta por la aparente adaptación a la sociedad en general y por la, también aparente, vinculación a cada uno de sus individuos en particular, representa una honda falla, opuesta al verdadero conocimiento y reconocimiento requeridos para la existencia social. El oportunista se experimenta a sí mismo como una mercancía, como una cosa, y una vez cosificado es incapaz de establecer con los demás hombres vínculos intersíquicos ya que éstos requieren la existencia de personas, y él ha dejado de ser persona, con lo cual faltando esas relaciones interpersonales la estructura social se encuentra amenazada de ruptura y ruina. De otra parte, el oportunista puede dar pábulo a la aparición de tipos explotadores como contrapartida de su existencia en una sociedad dada.

La sociopatogénesis del carácter oportunista o de compra-venta, nos lleva de la mano hacia la consideración de la forma en que los aspectos valorativos influyen en la aparición de los morbos sociales, por cuanto la unidad o comunidad valorativa determina la unidad de diversidades (el *uni-verso*) que es la sociedad, capacitándola para estructurarse en torno de determinados centros vitales o cordiales que orientan la conducta de sus miembros, y que permitan a cada uno de ellos prever la manera en que han de reaccionar los demás, gracias a una común definición de las situaciones que se presentan en la vida social.

Desde este punto de vista, importa considerar, de una parte, los patrones valorativos predominantes en una sociedad, para tener en cuenta, seguidamente, los valores específicos que la rigen, y en torno de los cuales logra plena articulación la estructura social.

En un estudio de tipo muy general, importan sobre todo los patrones valorativos y su influencia en la aparición o prevención de los morbos sociales; en el estudio específico de una sociedad particular, importa no sólo la pertenencia a determinados patrones axiológicos sino muy espe-

cialmente los valores específicos que intervienen dentro de esas matrices valorativas. En casos particulares nos interesará conocer no sólo que una cultura acepta un patrón valorativo de auto-orientación (digamos, con propósito ejemplificador), sino si esa misma cultura establece, dentro de las posibles jerarquías de los valores, la Belleza, o el Bien, o la Justicia como valores supremos, pues el resultado será muy distinto en cada caso.

Los patrones valorativos que Talcott Parsons y sus colaboradores delínean en *Toward a General Theory Of Action*, abren nuevas perspectivas a la investigación de los conflictos o desajustes entre el individuo y su sociedad y, por lo mismo, a la tipificación de los morbos sociales.

Pueden mencionarse esos cinco patrones como una serie de oposiciones bipolares, de la manera siguiente:

- a. afectividad frente a neutralidad afectiva,
- b. auto-orientación frente a orientación colectiva,
- c. universalismo frente a particularismo,
- d. adscripción frente a logro, y
- e. difusión frente a especificidad.

El patrón valorativo de afectividad enriquece la vida social creando nuevos vínculos, estrechando y fortaleciendo los lazos entre los miembros de la sociedad; sin embargo, cuando una sociedad se mueve dentro de dicho patrón axiológico, las posibilidades sociológicas patógenas aumentan en cuanto dentro de dicho patrón valorativo, el único vicariato⁸ deseable y realmente útil es el vicariato absoluto, y dicho tipo de vicariato es imposible. En cambio, en una sociedad regida por un patrón de neutralidad afectiva (nos estamos moviendo, claro está, en un campo de esencias puras que nunca se dan como tales en la realidad), las posibilidades terapéuticas del vicariato aumentan, disminuyendo asimismo las perniciosas del morbo social; sin embargo, desde otro ángulo, resulta evidente que una sociedad que acata tal patrón valorativo, presenta una estructura más laxa, y, por lo tanto, más vulnerable a los embates de los agentes

8 Para la definición y clasificación del vicariato referirse a "Marco y Dinámica Sociopatológica del Vicariato" *Revista Mexicana de Sociología*, vol. xv, N° 3, pp. 375-389.

sociopatógenos. La mecanización, robotización o cerebralización de la vida social puede prolongar *ad infinitum* las posibilidades del vicariato, pero inútilmente, ya que subrepticamente introduce gérmenes mortales en el "organismo social." ¿Qué ganaría la Humanidad con sobrevivirse en una sociedad del tipo de la pintada por Karel Capek? Creemos que nada.

La auto-orientación como patrón valorativo no puede contribuir, sino excepcionalmente, a la estructuración de una sociedad; a saber; cuando el individuo aprende a reconocer una responsabilidad frente a sí, y, en ocasiones frente a una instancia superior a la que él mismo se debe; en caso contrario, el patrón no puede menos que producir caracteres acumulativos y explotadores con la consiguiente repercusión que esto tiene para la disgregación social.

De otra parte, la orientación colectiva puede producir en ciertos casos, personalidades oportunistas, individuos enajenados, seres que en su huída pánica de la libertad (sinónimo para ellos de in-seguridad) no pueden menos que caer en la tiranía al buscar desafortadamente su seguridad en una verdadera alineación sociopatológica.

La oposición entre universalismo y particularismo nos parece menos fructífera en este respecto, en tanto que la antinomia entre adscripción y logro nos vuelve a orientar hacia las consideraciones que hemos hecho con respecto al vicariato social y sus posibilidades, ya que, dentro del primer patrón valorativo, las categorizaciones se hacen en términos de *status* socialmente adjudicado, mientras que en el segundo tipo de patrón, esa categorización y la subsecuente orientación de la conducta se hace en términos de realizaciones, lo cual da a las sociedades sujetas al primer tipo de patrón axiológico una rigidez que les hace más vulnerables a las presiones diferenciales y al cambio, haciéndolas desmoronarse fácilmente en la crisis; en tanto que las segundas permiten y aún estimulan la innovación dentro de los canales favorables al desarrollo social, ya que dicho patrón valorativo "premia" otorgando un *status* más o menos elevado a quien realiza algo que sea socialmente útil. De otra parte, como ya hemos indicado en otra ocasión, la rigidez de la estructura grupal en el primer caso (sociedades de *status* asignado) resulta desfavorable para el funcionamiento adecuado del vicariato, en tanto que la mayor ductilidad de la estructura grupal en el segundo caso (sociedades de *status* obtenido o logrado), permite el adecuado funcionamiento del vicariato social, e incluso estimula las posibilidades del progreso (*i. e.* del desplazamiento conjunto del equilibrio y no del intra-desplazamiento del mismo.)

En las sociedades en que predomina el primero de los patrones valorativos tienden a producirse caracteres improductivos, especialmente personalidades de compra-venta; en cambio, en aquellas otras en que el patrón valorativo vigente es el segundo, se estimula la aparición de caracteres productivos, ya que sólo mediante la actualización de las propias posibilidades se logra *status* en dichas sociedades.

Finalmente, resulta importante poner en relación las posibilidades sociopatológicas y de vicariato que se dan en una sociedad con su patrón valorativo, ya difuso, ya específico. Para ello es necesario tener en cuenta que, según los autores de *Toward a General Theory of Action*, "en el caso de la difusión, si *alter* es clasificado como un objeto sexual, tiende a ser clasificado asimismo como guía, como consejero y como amigo. En el caso de la especificidad, por otra parte, las diferenciaciones se hacen entre los varios roles potenciales de *alter* con respecto a *ego*; el hecho de que *alter* sea clasificado en uno de ellos, no conduce como tal y necesariamente a su clasificación en los otros".⁹

En estas condiciones, es fácil imaginar la forma en que, al enracimarse todas las formas de interrelación humana de un *ego* hacia un *alter* aumenta la vulnerabilidad del vínculo para la sociedad, ya que, por ser ese *alter* el único o casi único medio de articulación de *ego* a la sociedad, en cuanto ese *alter* muera o se desvincule de ella, *ego* quedará automáticamente desintegrado de la misma, con todo lo que esto significa sociopatológicamente (el suicidio puede ser una de las varias formas de manifestación de tal morbo); de otra parte, el vicariato, dentro de tal patrón valorativo, disminuye considerablemente sus posibilidades, ya que es difícil encontrar un vicario cuya personalidad total resulte ser una constelación de factores que le hagan equiparable al *alter* al que *ego* estaba ligado al mismo tiempo como guía, como consejero, como amigo, como protector, etc. Las indeseables repercusiones de un patrón valorativo difuso adquieren perfiles más acentuados en cuanto se toma en cuenta la posibilidad de que un *alter* sumamente prestigioso, enracime en torno suyo las relaciones de múltiples *egos*, ya que en el momento en que dicho *alter* falte, la ruptura de relaciones interhumanas se extiende por toda la sociedad, amenazándola en su estructura y en su existencia misma.

De consideraciones como las anteriores relativas a los diversos patrones culturales valorativos, tanto como de las referentes a la classifica-

9 Parsons, Talcott et al.: *Toward a General Theory of action*.

ción caracterológico-social de los individuos, y de la distinción entre una actitud voluntaria y una involuntaria como elementos de presión o de gravitación dentro de la estructura grupal, puede surgir una tipología sociopatológica adecuada, que ponga en orden y sistematice esta especialidad de la ciencia sociológica, tan necesitada de estudios teóricos generales, y tan rica —en cambio— de estudios monográficos.